

La Máquina de los Cobechos Netos² *(Los Intereses Compensados)*

Como bien saben los especialistas en física futurista, el tiempo, que parece deslizarse ante nuestros ojos siguiendo una línea recta, fluyendo continua e inexorablemente hacia el futuro, avanza en realidad en constante zigzag, torciendo a derecha, izquierda, ascendiendo, descendiendo, dejando atrás y en todas las direcciones de un hiperespacio de n dimensiones, a infinitos futuribles o universos paralelos, que estuvieron a punto de ser o podrían ser y no serán, por el clásico canto de un duro.

Una de las más privilegiadas y sofisticadas formas de instruirse y pasar el rato que imaginarse quepa, consiste en tomar uno de esos atajos del tiempo y avanzar por él varios decenios; de esta forma resulta posible ver cómo un pequeño hecho, una nimia idea, ha influido en los acontecimientos y transformado o reformado muchas cosas que en su día se pensó carecían de enmienda por los siglos de los siglos.

Vueltos a nuestro mundo, si es que se sigue pensando que merece la pena, con la imaginación enriquecida y sabedores de cómo tal o cual pequeño cambio puede transformarlo, ya se puede pasar a alimentar la papelera del Gabinete de Estudios

² La primera noticia que tengo del funcionamiento de la máquina es de un Director General de los 1920, con motivo de una importación de cerdos de Portugal, pero, claro es, al no haber entonces ordenadores, la máquina funcionaba a pedal.

del Ministerio de Reformas Varias, pero, eso sí, con papeles de primera calidad.

No busquéis en la Enciclopedia Espasa la palabra “Cronoseat”: en 1914 no existían, y nadie se ha molestado desde entonces en revisar y crear *ex novo* una obra semejante en castellano. Solo diré que reúnen dos cualidades muy útiles: sirven para viajar a través del tiempo y no es necesaria ninguna licencia de importación para conseguir uno. Igualmente, y con misma facilidad con la que cuando una página de un periódico nos aburre, pasamos a otra, siguiendo así la tercera dimensión, con un Cronoseat podemos, en pleno atasco de las 7 de la tarde, llegar a encontrarnos a las tres de la mañana en la misma calle, que, a esa hora está totalmente despejada, llegando a casa mucho antes de haber salido.³

Fueron el tráfico de un domingo por la tarde en la carretera de Extremadura y una avería inadvertida en la cronobrújula, a quienes debo una de mis más instructivas visitas al mundo paralelo. Estaba a solo 50 kms. de Madrid, y ya no se veían (por la neblina verde-gris-amarillenta de la contaminación) las primeras casas de la capital, cuando en una de las obligadas paradas, cedí a la tentación de adelantar por el arcén. Instantes después, yo y toda la larga fila de mis seguidores éramos invitados a parar por una patrulla de Tráfico, que siguiendo las instrucciones recibidas, embarullaba la circulación de la zona. Como yo pensaba llegar a Madrid cuatro horas más tarde, desembragué el cronomecanismo del Cronoseat y traté de situarme en, exactamente, una hora antes. Al instante, me sentí agradablemente sorprendido al ver una circulación veloz y fluida. Tras unos minutos: a la derecha señalaba un cartel que me pasó inadvertido: “Móstoles, cambio de sentido”. A ambos lados, casas bajas, chalets, arboledas. Algo más tarde y en un entorno urbano parecido, “Aluche”. No tardé en pensar: he debido ir a pasar a la autopista de la Coruña. No he pasado por el superatasco de Móstoles, no veo las horribles

³ Este relato fue escrito en los años 70 del siglo XX.

cajas de zapatos apiladas de Aluche. Me detuve en arcén y pregunté al motorista que vigilaba el tráfico: “Por favor, ¿Cómo puedo desviarme hacia la entrada de la Nacional V?” “-”Está Vd. en ella.”- “Pero, ¿Y esas casas, esos árboles?” Puso expresión de no comprender.- “Yo calculaba estar en Aluche:”-” Sí, esto es Aluche, salga en el primer cambio de sentido.”-”Bien, ¿Desde cuándo ha habido jardines, árboles, casas como estas?”- “Sí, iban a construirse casas altas, calles estrechas, pero fue entonces cuando se creó el Ministerio de Asuntos Oscuros; pero, perdóneme, porque tengo que seguir dirigiendo el tráfico.”

Continué, y, poco después llegaba al paseo de San Vicente. Vi multitud de detalles que me producían una sensación de no familiar. Aire limpio y despejado, tráfico sin atascos, y sobre todo, parecía como si el urbanismo hubiese cambiado completamente: un Manzanares que no olía mal, bordeado de un entorno más propio de Londres que de una ciudad latina.

Las sorpresas no desaparecían en el centro: El Retiro aparecía duplicado en su extensión, pues se lo había ampliado hasta la Estación de Atocha; el Parque de las Avenidas, cosa curiosa, estaba rodeado de parques y cruzado por avenidas. Casas antiguas restauradas ocupaban el lugar de las otras modernas y de discordantes alturas a las que las habían sustituido... Agotado por tantas novedades me dirigí a mi casa, proponiéndome visitar al día siguiente aquel misterioso Ministerio de Asuntos Oscuros, donde quizás pudieran aclararme lo que no podía comprender.

“Sí, efectivamente,” siguió el funcionario, “no es frecuente en otros países un departamento ministerial como este, pero tenga Vd. en cuenta, que si partiendo de un material humano y de una tradición política diferente queremos llegar a unos resultados homologables, hay que contar con instrumentos igualmente originales; la técnica japonesa del judo, y perdóneme Vd. la digresión, consiste, no en atacar de frente a un adversario más fuerte que nosotros, sino en aprovechar sus propias fuerzas para, mediante un impulso nuestro, dirigir las

contra él. Es así como hay que combatir los vicios nacionales, no intentando desarraigarlos en forma brusca e inmediata, ese ha sido el error de nuestras utópicas izquierdas, sino desviándolos y encauzándolos, halagándolos incluso, para hacer luego que repercutan en beneficio de todos.

Por otra parte, los adelantos de la informática han hecho posible convertir en prácticos, numerosos conceptos teóricos, infinidad de ideas utópicas que antes no pasaban de ser formalmente correctas, pero que traían consigo tal número de cálculos, incluían tantas variables a considerar que no era posible llevarlas a la práctica.

– “Tal ha sido el caso de la máquina de los cohechos netos que...”

– “¿La máquina de...?”

– “Sí, de los cohechos netos. Su base teórica es el concepto de excedente económico aplicado a la asignación ineficiente de recursos, que venía persiguiéndose no, naturalmente, por sí misma, sino en función del provecho que podía producir a individuos o clases sociales determinadas. Un izquierdista utópico diría: vigilemos la conducta de los individuos, busquemos para determinados puestos solo a los más nobles o desinteresados, eliminemos a tal o cual clase del poder, entreguémoslo al pueblo mismo. El intento tajante e inmediato de llevar estas ideas a la práctica, nos ha conducido a cinco guerras civiles en siglo y medio. Nuestra misión consiste, pues, en convertir en inofensivas las tendencias egoístas y anarquizantes de los individuos y clases sociales españolas dominantes, dejando al devenir político la tarea de ir destruyéndolas, ¿Por qué cree que no se había terminado tal ferrocarril o mejorado las comunicaciones con tal otra provincia española? ¿Por qué piensa Vd. que no se habían convertido en unidades óptimas de producción los latifundios o minifundios? ¿Por qué se concentraba la industria en esta región mientras se despoblaba la otra antes de la creación de nuestro organismo?”

Esas malas asignaciones de recursos se basaban en las siguientes variables:

- Fuerza política, social o económica por parte de los prebostes causantes.
- Unos determinados gastos que lleva consigo pasarlas a la práctica.
- Perjuicios claros y mensurables para la comunidad nacional.
- Y un beneficio igualmente mensurable en dinero para los citados prebostes.

La diferencia entre el cuarto término y el segundo constituye el excedente económico que obtiene el que realiza la operación de mala asignación de recursos y es el cohecho neto, que, siempre que sea inferior al tercero, justifica nuestra actuación.

Esta actuación, teóricamente correcta, y que consiste en pagar el cohecho neto al preboste causante a cambio que desista de su postura, ha podido convertirse en realidad una vez hemos llegado a disponer de un ordenador capaz de calcular el valor monetario de todas las variables.”

– ”Pero, entonces cualquiera, aunque no sea preboste, puede cobrar subvenciones en cuantía prácticamente ilimitada.”

“No, porque la máquina calcula igualmente la fuerza prebostil del solicitante, y si es suficiente dentro del complejo de fuerzas socio-político-económicas para obtener el resultado dado. La máquina ha sido alimentada con un modelo sociométrico y politotométrico y se limita a decir si la pifia en cuestión se cometería o no en circunstancias actuales. Si contesta afirmativamente, abona el cohecho neto y la pifia no se hace.”

Debo reconocer que por un momento la sencillez de la idea me deslumbró, pero algo me decía en mi interior que tanta belleza tendría que haber algún fallo. Mis conocimientos elementales de Economía se rebelaban contra la idea de que fuese posible cometer pifias sin cometerlas y dejando a todos tan felices. Tras unos segundos de silencio, respondí:

– ”Pero, hay algo que difiere entre el hecho de hacer la pifia y el no hacerla. En el primer caso —pongamos el ejemplo del Gran Hábitat de semilujo “El Parque de Hormigón

Armado”— se producen unos bienes (pisos) que sirven de contrapartida real al beneficio monetario que generan. Si suponemos que el parque se ha hecho, pero sin hacerlo, y pagamos el beneficio a sus autores, pondremos en circulación una masa monetaria sin contrapartida real. Esto puede tener efectos inflacionistas.”

– ”No, porque la máquina había calculado igualmente los perjuicios: horas de retraso en los atascos de tráfico, cáncer y bronquitis por mayor contaminación, disminución en el rendimiento de su trabajo de las personas irritadas por no tener un jardín en lugar de hormigón, etc. Todo esto produce unos gastos que en su momento deberán ser satisfechos por alguien. Queda solo el problema de igualar en el tiempo la corriente de ingresos con la corriente de gastos. Esto se consigue mediante la emisión de deuda pública simultánea al pago del beneficio al autor, que retirará una masa igual de dinero de la circulación. Esta deuda pública tiene un interés igual al rendimiento de los no-gastos o los beneficios de la no-construcción de los pisos y es redimida en los mismos momentos en los que, por ejemplo, habría de curarse el cáncer de una víctima de la contaminación, etc. Resumiendo: la máquina es un modelo que simula el mundo real con sus poderes, enchufes, presiones, cohechos y enjuagues. Los calcula, los paga, permite que tengan lugar, pero impide que se produzca la pifia y evita así sus males y secuelas. Mire, aquí en el archivo le puedo enseñar varios casos famosos: los barrios obreros, por ejemplo; la máquina pagó tantos millones de pesetas entre tal año y tal otro a los constructores y sus amigos. A cambio de eso, ahora los obreros madrileños viven en casitas rodeadas por jardines, no hay atascos, no hay contaminación y todos contentos; los obreros con sus casas y los prebostes con los millones de la especulación simulada del suelo. Desde el punto de vista legislativo, la máquina ha desbloqueado totalmente todas las reformas que tenía pendientes el país desde hace mucho tiempo: socialización del suelo, reforma agraria, reforma de la empresa, etc., han podido ser realizadas con la mayor rapidez y en un clima

de total unanimidad nacional. Y digo unanimidad y aplauso nacional, porque los beneficios que han originado todas esas reformas son por supuesto muchísimo mayores que los cohechos netos pagados. Así, por ejemplo, con el ahorro de divisas producido en un corto período por la reordenación del sector agrario, pudimos colocar en Suiza los cohechos netos de los prebostes que se hubiesen opuesto a la misma. En resumen: gracias a nuestra máquina, ahora sí es verdad eso de que los españoles coincidimos en lo fundamental, aunque unos sigan siendo prebostes y la máquina les sacuda la tela y a los demás no.”

Yo me resistía a dejarme dominar por tan sencilla filosofía. Siglos enteros de luchas, divisiones, disputas filosóficas y pseudorreligiosas, derribados en un instante por el implacable sentido común de un cerebro, que ni siquiera era humano; me invadía un deseo infinito de hallar algún fallo en tanta clara e inexorable lógica.

– “Pero, en realidad,” volví a argüir, “tengo la sensación de que todo esto es superfluo; si las cifras que Vd. me está mostrando son correctas, no existiría la necesidad de esta máquina, bastaría con que todos, la mayoría, o al menos los dirigentes, cayesen en la cuenta de que el beneficio que había de reportarles el evitar sus pifias tendría que ser mucho mayor que el que obtienen haciéndolas. “Los beneficios que obtengo en adulterar la leche, me los gasto en pagar al médico por haber comido bonito contaminado con mercurio.” Una sociedad bien organizada sería su propia máquina de cohechos netos. El cohecho neto de la máquina de los cohechos netos consistiría en gastar el dinero empleado en construirla y en hacerla funcionar, en el presupuesto de educación, en seguridad social y jubilaciones para que nadie robe por miedo al futuro, en un sistema de elección para los diversos cargos que impida la promoción de imbéciles, en un salario mínimo lo suficientemente alto, como para que los imbéciles no tengan que subir para poder vivir y no tengan envidia a los que valen más que ellos, en...”

– ”Amiguito, me interrumpió el funcionario, ya está Vd. otra vez con sus utopías izquierdistas; esto debe llegar a ser así, pero no es así ahora, ni puede serlo a corto plazo. El hecho es que aquí y ahora, la electrónica está más desarrollada que el sentido común, y a falta del segundo podemos servirnos de la primera. Pero si quiere y si los hechos le convencen más que las palabras, venga al terminal n.º 1 de la máquina o sala de proposiciones deshonestas, y formule Vd. su propio enjuague. Piense que desafuero rentable le gustaría cometer, escriba en una ficha perforada su lista de amiguetes, deposite en el buzón electrónico las cartas correspondientes, haga Vd., en la pantalla las visitas de rigor, en resumen, actúe sobre el modelo politométrico del aparato como lo haría en la realidad, y verá cómo funciona la máquina”.

Yo recordé, que, estando próxima la construcción de una vía de comunicación, un pequeño rodeo de 50 kms. podría hacerla pasar por ciertos terrenos de mi propiedad. El beneficio de la operación no era despreciable, así que, sin pensarlo dos veces, me puse a dictar los datos al perforista, datos que, por ser obviamente comprometedores para mí, no voy a relatar aquí.

Pasamos a continuación al terminal n.º 2 o sala de pifias simuladas, y, segundos después, por la ventanilla de resultados, en vez de dinero salía una cinta magnética.

– ”¿Qué es esto?” pregunté sorprendido, “¿se pagan los cohechos netos en alguna clase de cheques magnéticos en vez de en billetes de banco?”

– ”No sé,” respondió mi interlocutor con expresión sombría, “habría que mandar a leer la cinta. Por favor, añadió, espéreme aquí mientras envío a alguien a hacerlo.”

Cinco minutos después volvió el funcionario acompañado de dos policías. “Querido amigo,” me dijo, “ha calculado Vd. mal su influencia. Según la cinta magnética, sus agarraderas eran de medio pelo. No ha implicado Vd. a nadie verdaderamente importante, de forma que su caso es ideal para crear ante el país una sensación de honradez, de no más escándalos, de

lucha contra la corrupción. Así, en los próximos diez años, no habrá necesidad de investigar asuntos de mayor importancia.”

– “Pero, cómo, ¿No lleva Vd. una hora explicándome que no hay que luchar contra corrupción, sino permitirla y desviarla, aprovechando sus fuerzas y todo eso?”

– “¿Qué dice Vd.? Hay que acabar con este tipo de affaires sucios como el que Vd. ha venido a proponer aquí a la máquina, ¿A dónde iría el país en caso contrario?”

Creí que la habitación giraba a mi alrededor, y dominando a duras penas mi ira, le repliqué: – “¿No habíamos quedado que atacar y tratar de desarraigar este tipo de prácticas era propio de izquierdistas utópicos, puede Vd. hacer el favor de definirse y aclarar sus ideas de una vez?”

– “Amigo mío, haga el favor de dejarse acompañar por los policías. Ya volveremos a vernos el día de su juicio en el que tendré que declarar como testigo. Ahora me perdonará que le diga, como ya le advertí, que este Ministerio y nuestra máquina no eran sino un modelo, lo fiel más que la electrónica nos ha permitido crear, de la realidad socio-económica del país. Si Vd. no conoce todavía a su propio país, la culpa es únicamente de Vd. Buenos días.”

Seguí absorto en miles de pensamientos confusos hasta el exterior del edificio.

Ahí, la voz indignada de uno de los policías me devolvió al mundo de la realidad:

– “¿Este coche aparcado en segunda fila será el suyo?”

– “Sí, pensé que esto iba a terminar antes.”

– “Solo de un individuo retorcido e inmoral como Vd. tenía que ser el primer automóvil mal aparcado que veo en veinte años; Vd. debe ser un resabio de aquella época.”

Efectivamente, a pesar de la hora, sobraba espacio donde aparcar correctamente. Sin embargo, aquel detalle podía salvarme. Volví a dirigirme a mis custodios.

– “Permítanme entonces, que antes de acompañarles, deje el coche en este hueco, aunque solo sea para ponerme a tono con los nuevos tiempos.”

Los policías asintieron sin abandonar su mirada de desprecio. Yo abrí la portezuela, accioné el contacto...

Instantes después me preguntaba el agente de tráfico: “¿Quiere Vd. firmar la denuncia?”